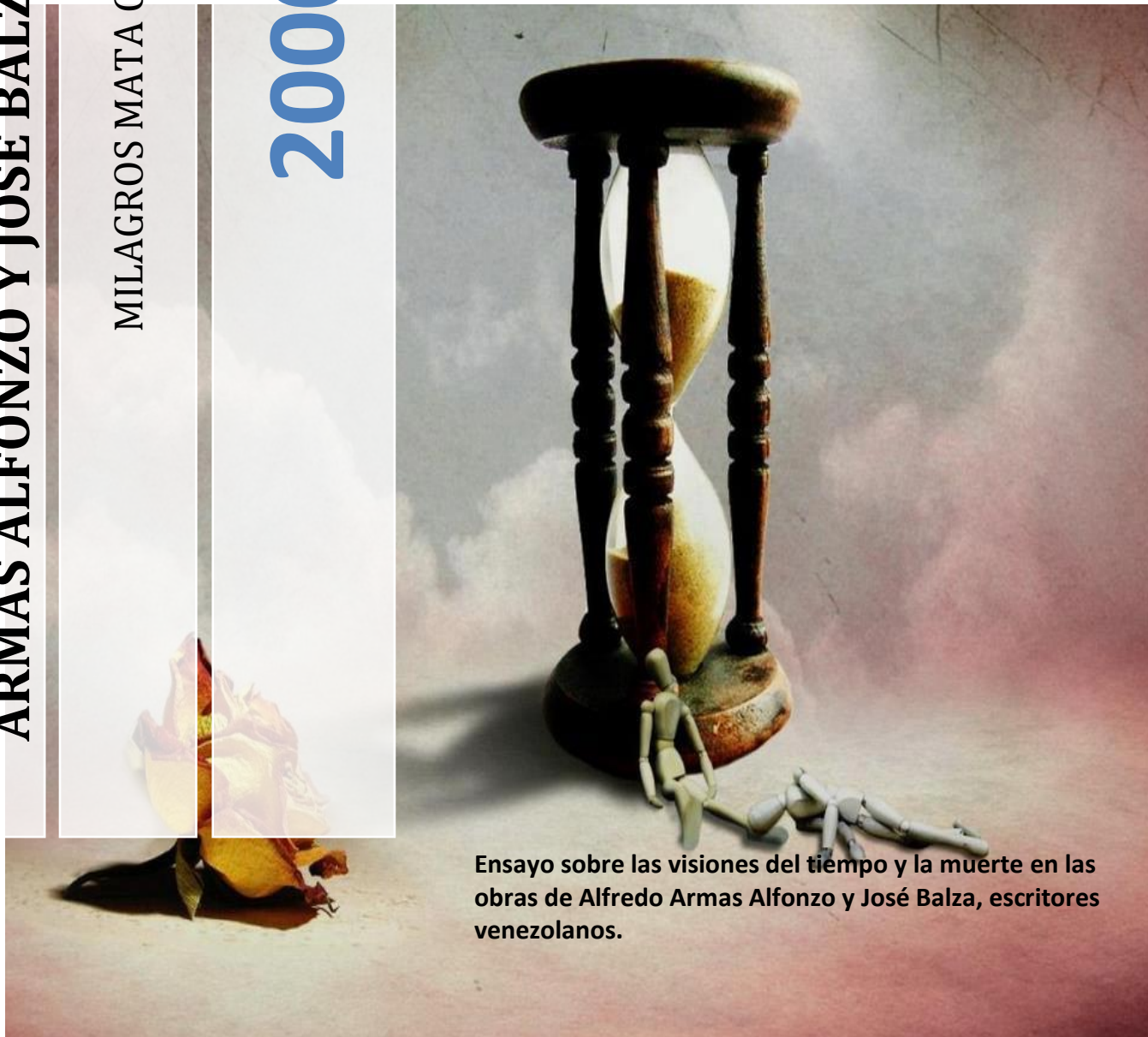


TIEMPO Y MUERTE EN ALFREDO ARMAS ALFONZO Y JOSÉ BALZA

MILAGROS MATA GIL

2000



Ensayo sobre las visiones del tiempo y la muerte en las obras de Alfredo Armas Alfonzo y José Balza, escritores venezolanos.

TIEMPO



PARTE I

LA FLECHA DE ZENÓN

¿Podemos considerar la flecha que vuela?

En cada instante, dice Zenón, está inmóvil, porque no tendría Tiempo de moverse, es decir, de ocupar por lo menos dos posiciones sucesivas, a no ser que se le concedan, por lo menos, dos instantes

Gastón Bachelard: La duración y el método

Meditaciones sobre el Tiempo

El Tiempo es la gran preocupación de los hombres. En el principio, en los días de la niñez, representa la curiosidad por los cambios en el entorno: la naturaleza que varía y, sobre todo, la transformación de lo luminoso en oscuro: la noche con toda su carga de misterios y presencias, frente al día, fiel a las rutinas. Alcanzar el uso de razón es, en cierto modo, asumir la noción del Tiempo como transcurso: aprender el reloj, pero, con él, la noción matemática de que el tiempo fluye desde algún lugar, y que aunque se hace la ilusión de medirlo, sólo puede ser visto en los cambios que realiza en el hombre y en su medio.

Más adelante, en esa época que Carl Jung llama la crisis de los treinta años, y Dante, la mitad del camino de la vida, en plena selva oscura, el hombre siente la necesidad de mirar hacia atrás, hacer inventario de lo vivido y calcular cuánto aún puede vivir: ese período de las recuperaciones es, de hecho, otra edad de la razón: la aprehensión del concepto de la duración: el Tiempo como acumulación de instantes parcialmente recuperables, el Tiempo como perspectiva de realidad, y, en medio de todo el momento condensado donde al parecer existimos verdaderamente.

La palabra Tiempo evoca la existencia de un conflicto entre fuerzas que conducen, a la vez, hacia la regeneración y hacia la disolución. Esto implica una doble concepción: por una parte, el Tiempo es como la orientación hacia algún fin. Teleología. Trayecto. A partir de un punto, se desprende la estructura formal de la duración, con todas sus derivaciones: el despliegue desde un origen y hacia un desenlace que es, a la vez, recuperable: originante: serpiente que se muerde la cola. Por otra parte, el

Tiempo es el espejo móvil -Platón dixit- el eje de las simultaneidades y también de las multiplicidades: una línea sinuosa, acumulativa, cuyo factor de concentración es la memoria.

Aristóteles propuso, con notable ambigüedad, la noción racional de un Tiempo reducible a cifra, y de allí derivó la idea del Tiempo concreto, evolutivo, coherente e histórico, que Newton descifró para generaciones y que aún persiste en las creencias de algunos. Paralelamente, toda una línea de pensamiento, desde Plotino hasta Bergson, nos plantea el *perpetuum mobile*: la serie de percepciones o latidos que van reuniéndose: ese conjunto de instantes evocables que poseen un carácter cíclico y, por lo tanto, repetible.

En realidad, se podría decir que Plotino es el verdadero cimentador de las teorías del instante: según su criterio, el Tiempo no puede ser sólo número y medida del movimiento, porque es una categoría de lo sensible: una categoría íntima: surge del fondo del alma, reposa en ella, es su vida. En el Tiempo plotiniano coexisten memoria, realidad y atención, en flujo constante. Kant da su interpretación a esta tesis con el esquema de las representaciones necesarias, y luego, todo un grupo de filósofos han estado afinando esas especulaciones, agregando ideas en función de los cambios.

Los sacudimientos de Einstein no sólo provocaron una nueva cosmovisión, sino que cuantificaron y cualificaron la condición de la vida humana y, por ende, del Tiempo. Einstein y todos los seguidores de la relatividad son los verdaderos pensadores del no-absolutismo de los instantes puntuales, y de la duración.

El pensamiento actual ha estado dando una especial atención a las teorías del instante, considerándolas incluso como una clave para la comprensión de la estructura de lo real. Un teórico importante como G.M. Mead, declara en su libro **The Philosophy of the Present** que la realidad se halla en el presente, concebido como un complejo en el cual confluyen lo real y la conciencia de lo real. Otro caso, como el de Louis Lavelle, en **La presencia total**, plantea que el instante es el resultado del cruce del presente con la eternidad: el instante puede (y debe) ser lo que conduce a Lo Eterno.

Ambas concepciones están basadas en una idea **puntual** que tiene sus raíces en las especulaciones de Zenón. Se dice que esa experiencia es eminentemente perceptiva: psicológica. Heidegger había concebido el instante como un modo intra-mundano del ahora. En su concepción, el Tiempo aparece como una sucesión continua e ininterrumpida de horas: el presente se funda, según él, no en el momento fugaz, sino en la presencia del recuerdo.

De esta manera, la eternidad es el instante estable de la reunión de los inteligibles en un punto único: aquél donde se unen todas las líneas y que persiste sin modificación. En todo caso, la representación de la fugacidad es idéntica, pues en su plenitud se hallan concentrados el pasado, el presente y el futuro. Volviendo a Plotino, y tal vez a San Agustín, el instante es concentración de lo eterno: vida infinita.

En fin, la vida es como un centro que uno puede mirar desde cualquier lado usando los artificios de la memoria. El Tiempo avanza. Como la flecha de Zenón, avanza y está inmóvil al mismo Tiempo. Acumula instantes. Es la duración. Pero no una duración homogénea, pues por debajo de su apariencia cronológica y secuencial, corren los instantes heterogéneos y variables. Ciertamente, en esa duración se perciben por lo menos dos movimientos opuestos: uno que va hacia el desenlace y el otro, hacia el principio. El primero no hace más que transcurrir y extenderse en las historias. El segundo corresponde al trabajo interior de maduración y recreación. En ambos casos, el hombre se dilata infinitamente: trasciende a su propia y efímera naturaleza carnal: es ETERNO.

Rumor de fondo. Evanescencia. Tejido de la trama del espacio. Sólo la memoria soporta las medidas de la duración. Y sólo la palabra es capaz de sostener el espacio, el discurso y el eje de las sucesiones. El resultado es la posibilidad de relatar un conflicto (poema, historia o drama) en el cual ese Otro que es el lector pueda seguir todos los avatares y re-crearlos al insertarlos en su propio decurso. La palabra es la forma que contiene el Tiempo: una posibilidad de aprehensión, quizá tan ficticia como un reloj de arena, pero exacta como fórmula de salvación individual y colectiva.

Si uno despliega sobre la mesa el gran grupo de fotografías con sus fechas manuscritas en la parte de atrás, encuentra que hay paisajes, gestos fieros o ridículos, organizaciones fraternales, acontecimientos. Todo congelado para siempre: para la eternidad, como una promesa desafiante contra esa duración que todo disuelve. En cada foto se cumple un importante rito. El Tiempo es como ese mosaico sobre la mesa: espejo reticulado al cual nos asomamos para ver los escenarios cambiantes de cada retícula: simultáneo, múltiple, omnipresente y dialéctico: ¿es el Tiempo una dimensión de la divinidad?. En el universo tetradimensional de Einstein es, ciertamente, la dimensión Una, pues son tres más UNA las bases de ese orden. El orgullo de esa fortaleza y de ese misterio se nos presenta con un esfuerzo voraz. Somos ascuas en la forja del Devorador. Es cierto que los instantes aprehendidos por la imagen se nos imponen como las olas de un río caudaloso: veraces y efímeras a la vez. Esa aprehensión es sólo metáfora que implica historia y discurso. Vamos de paso. Nosotros, los de entonces, ya no somos. Y esa precisión innumerable nos produce vértigo y angustia. El Tiempo ¿se recupera?

Memoria

La duración avanza sobre el porvenir, arrastrando consigo la carga de lo vivido. El pasado crece sin cesar. Se va sedimentando y va generando, a la vez, sus propias formas de conservación. La memoria es el acto por medio del cual, mágicamente casi, nos podemos separar del instante presente para enfocar una visión del pasado. Ciertamente, jamás podremos captar esa visión con la misma exactitud con que la vivimos. Siempre aparecerá como nimbada de una luz, como hecha con colores desvaídos, porque habrá venido emergiendo desde zonas en penumbras: desde pozos sombríos donde ha estado

guardada y cuya profundidad determina la calidad del recuerdo. La imaginación y las resonancias del espíritu van a suplir esa falta de exactitud de nuestra naturaleza: por ese poder, los recuerdos viven y sus contornos nos son accesibles y recuperables. En consecuencia, los recuerdos son la envoltura formal de la memoria. Fugaces, apenas se materializan por un azar, por un acto evocativo que es como la piedra que cae sobre al agua donde nos contemplamos. Narciso, de nuevo: el espejo del agua organiza círculos concéntricos a partir de ese punto del golpe, y en la memoria se van recreando, van adoptando una forma personal y original.

Indudablemente, lo que genera el recuerdo es un estímulo: una canción, un sabor, la efímera visión de alguien o de algo. Pero el recuerdo es el camino hacia la Idea. El espejo rodante. Movimiento continuo entre la esfera de la acción y la del recuerdo. La doble corriente que corre entre ellas puede cristalizarse en palabras o evaporarse en el olvido. Todo demuestra entonces que el conflicto del hombre consiste en intentar remontar la pendiente que conduce hacia los finales, potenciar la duración de su vida, elevarse por encima de la materia para hacer, partiendo de lo deshecho.

La certidumbre de un nuevo comienzo

Por su propia naturaleza, la vida que transcurre degenera y se agota: se disuelve. Por eso es necesario restaurarla periódicamente. Freud plantea dos ideas que pueden servir de base para una comprensión del instinto de eternidad:

==En primer lugar, la búsqueda constante de la belleza del Paraíso Original y los comienzos del ser humano.

==En segundo lugar, la necesidad de creer que el recuerdo o un retorno hacia atrás, pueden revivir incidentes traumáticos y ocasionar una curación.

Ambas ideas tienen correlación con las epifanías míticas arcaicas: la búsqueda del Paraíso y el retorno al origen. Ya se sabe que el nacimiento (del mundo, de los seres) tiene lugar por condensación extrema. Se ha admitido generalmente (y los pensadores árabes medievales como Alkindi, Avicena o Averroes han profundizado sobre ello) que la evolución de los hechos es circular y por ello es posible una reaparición periódica de los acontecimientos. El retorno al origen se concibe entonces como una posibilidad real que implica la recuperación y la regeneración de la vida que ha degenerado y se ha perdido. Pero el concepto es pesimista: bien es cierto que volviendo al origen se borra la vejez, pero prefigurando que se cometerán los mismos errores. Hay un cuento de Nathaniel Hawthorne, **El experimento del Dr. Heidegger**, que nos da un aterrador ejemplo de ese retorno pesimista. Algunos pensadores, para obviar la fatalidad del círculo, prefieren pensar que la vida transcurre en espiral y, de hecho, desde la antigüedad, el caracol ha sido imagen de la eternidad.

Ahora bien, hay, por lo menos, dos posibilidades de efectuar ese proceso de recuperación del Tiempo: una es la reintegración rápida y directa, que es abolición instantánea, por medio del recuerdo, las resonancias y la memoria, de todo el Tiempo transcurrido antes y después del que interesa restaurar. La otra es el retorno progresivo, remontando el Tiempo a partir del instante presente hasta el comienzo absoluto. Es una rememoración minuciosa de los acontecimientos personales e históricos, con el objeto de abolirlos. Condensación extrema de la memoria y el Tiempo y su expansión. Recordar es una manera de solidarizarse con el paso del Tiempo y asumir la colectividad de la memoria. Remontar el Tiempo, en cambio, es una experiencia vinculada a lo individual. El privilegio de la escritura es su posibilidad de ir al pasado y regresar libremente: si el escritor toma conciencia de que el olvido del pasado significa la limitación de su existencia y la Muerte de una zona de su ser, entonces recupera el pasado y lo desvela, lo sitúa en el marco de los acontecimientos temporales, aprehendidos por la sabiduría del verbo y trata de alcanzar el fondo del su ser, la realidad primordial que le permitirá comprender el devenir en su conjunto.

Pero si se trata de la búsqueda de la propia eternidad: el reflejo perpetuo en el agua que corre, aprehender equivale a recordar y beber de la fuente eterna. O, como hizo Paracelso, pronunciar las palabras mágicas que pueden traer desde las cenizas, la rosa magnífica de la vida, la juventud y la frescura.

En ambos casos, sólo la palabra es capaz de efectuar el prodigio. El mosaico de las fotografías sobre la mesa. El espejo reticulado. El abismo que permite la contemplación de las vidas anteriores, de los anteriores instantes. La torre desde la que se divisan los Paraísos. ¿Qué son esas imágenes sin el Verbo generador? En el principio -dice la Biblia- existía el Verbo y el Verbo era Dios. Todo fue creado por El y en El estaba la Vida.

Palabra como energía creadora

Todo el texto anterior va dirigido a establecer la cabeza de un puente que nos permita introducirnos en los universos de dos escritores distintos y, no obstante, emparentados: José Balza y Alfredo Armas Alfonzo, vistos, fundamentalmente, a través de: **Percusión**, **El Vencedor** y **El Osario de Dios**, pero sin descartar análisis que toquen otros textos donde se puedan ilustrar sus respectivas asunciones del Tiempo y de la Muerte.

Cada una de esas obras, puede servir de ejemplo interpretativo a las dos formas de recuperación del Tiempo. En cada una de ellas, hay una preocupación que trasciende el problema y se instaure como una flecha en el punto de la diana, en un sentido mucho más profundo: el de la Muerte, la disolución y el olvido. En consecuencia: el de la eternidad, la conservación y el recuerdo. La palabra establece ficciones de transfiguración. Su resonancia golpea en el túnel del silencio como un gong terrible que invoca los terrores, las imágenes amadas u odiadas, y las restablece íntegras para el

consumo de la eternidad. Es el espíritu de la rosa de Paracelso: secretamente, sin la demostración del prestidigitador que ansían los discípulos, se van forjando las tramas de una eternidad posible y tan distante como la palabra que la forja y circunscribe.

Porque es preciso reconocer que el acto escritural es siempre un azar consciente: botella lanzada al mar con un mensaje, sin conocimiento de la dirección de las corrientes, ni de las tempestades epocales, ni de los otros ritmos de la naturaleza, así como tampoco de las posibles intervenciones del hombre, que podrían desviar o hacer perder lo escrito en los vericuetos de un juego que es más terrible que el de los espejos.

Armas Alfonzo está más cercano a una epistemología del Tiempo. Su relación con los hechos está dada por su relación con la memoria: él es un creador de espacios míticos, de espacios colectivos, por medio de un verbo que asegura la eternidad del hecho. Balza está apegado a una tradición profundamente ontológica y socrática, bien tamizada por sus lecturas de Platón, Plotino y San Agustín, que lo colocan en el punto donde sus terrores no son los de que el pueblo ignore u olvide la historia, sino que él mismo sea olvidado, absorbido por una dinámica histórica desintegrante. Donde Armas Alfonzo supedita su propia inmortalidad a la del pueblo, el colectivo y la tradición, Balza establece como prioritaria su individual conservación y transfiguración. El posible mensaje ético del Tiempo primordial queda así dispuesto de diferentes formas, en la visión de ambos autores: para uno, es la fortaleza donde ha de vivir el futuro, en tanto que para el otro, toda ética reside en la sola posibilidad de vencer la Muerte (y el olvido): bien por medio de la elaboración de una forma inolvidable, o por medio de la autodestrucción: el estilo de Pavese, quizá un poco el de Rilke: morir de propia Muerte.

De cualquier manera, el símbolo y la imagen del Tiempo, privados de una significación estrictamente figurativa y sólo lo suficientemente metonímicos como para ser reconocibles, constituyen el material de que hacen uso ambos autores. El carácter de cada uno es, a su manera, subversivo: también querer conservar es una forma de la subversión, porque contradice la dialéctica. Los mitos se eluden como vía de acceso fácil. Están presentes. No son referencias circunstanciales, sino manaciones naturales del ser escritural. Y hay, en ambos, asimismo, una vocación exorcista: los demonios afloran siempre de las experiencias humanas más profundas y es en sus viscosidades y metamorfosis donde el hombre-artista encuentra la posibilidad de representarse sus ideas, símbolos sin nombre, poderes extraños más allá del racionalismo, un poco del deseo sagrado de restablecer el Tiempo de los orígenes y de sumergirse de nuevo en lo eterno para evitar las angustias impuestas por el presente.

En esta época, donde ya son demasiado claros, demasiado evidentes, los signos del derrumbamiento, es preciso reconocer la necesidad de algunos hombres de ir más allá de su efimeridad vital. No es fácil creer en una resurrección de la carne y en una vida perdurable que nos sean prometidas por una divinidad, y que nosotros no forjemos con los propios hechos. Entonces, el camino que queda es intentar buscar las fórmulas primordiales, unificadoras, verdaderas y sagradas y convertirlas -por medio de la magia estética- en fenómenos positivos para no caer en la esterilidad o el silencio.

Es imposible no advertir en un planteamiento de esta índole el peso del miedo a la Muerte, que limita la vida a un espacio (un instante) tan breve e ilusorio. Bergson dice que la felicidad, el amor, el dolor, no son más que breves secuencias de instantes, sólo reinstaurables por el recuerdo. La relación entre vida y palabra, entre Muerte y silencio, es una proyección hacia el ansia de lo eterno. La palabra descansa sobre sí misma y sobre la forma que la integra. No es un recipiente vacío, sin embargo, sino que está llena de símbolos que, reposados e inmanentes, nos remiten siempre a lo otro (y a los Otros), con rigurosa seguridad.

PARTE II

PERCUSION:

LA CONSAGRACION DEL INSTANTE

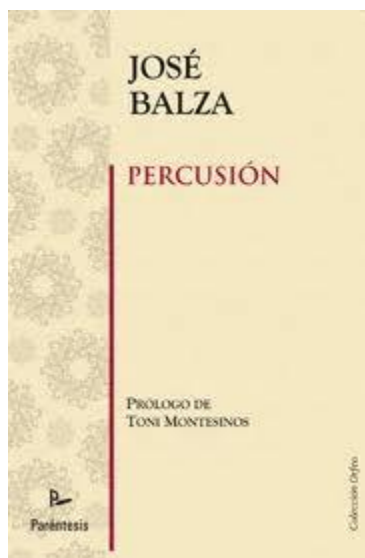
Y nosotros soñamos con una hora divina que lo diera todo. No con la hora plena sino con la hora completa. La hora en que todos los instantes del Tiempo fueran utilizados por la materia, la hora en que todos los instantes realizados en la materia fueran utilizados en la vida, la hora en que todos los instantes vivos fueran sentidos, amados y pensados. Por consiguiente, la hora en que la relatividad de la consciencia estaría a la medida exacta del Tiempo completo".

Gastón Bachelard: El Instante

Paracelso se quedó solo. Antes de apagar la lámpara y de sentarse en el fatigado sillón, volcó el tenue puñado de ceniza en la mano cóncava y dijo una palabra en voz baja.
La rosa resurgió.

Jorge Luis Borges.

I.



A propósito de ese concepto del Tiempo recuperable que desarrolla Balza en Percusión, citemos a Thomas Mann: *...lo eternamente humano está sujeto a las transformaciones. Debe ser y será, no puede morir, sino únicamente pasar a nuevas formas de vida, como todo aquello que es de su misma naturaleza. Su devenir en una determinada época no es sino una apariencia; lleva en sí mismo la fuerza gracias a la cual, después de cada profanación, vuelve a santificarse...*

Si internalizamos estas palabras, si las analizamos y proyectamos luego sobre la lectura de la novela en cuestión, quizá podamos participar de las genuinas imágenes de un Tiempo que fluye,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

